

La severidad oriental, una provocación educativa

Fuentes: *The Wall Street Journal* y *Acepress*



El modo de educar sigue siendo blanco de debates, pero últimamente las partes implicadas no son pedagogos o psiquiatras, ni siquiera educadores. En poco menos de diez días padres e hijos han intercambiado columnas de opinión y cientos de comentarios en los foros de varios periódicos americanos, a raíz de la publicación del libro de una profesora de origen chino de la Universidad de Yale, que desafía los cánones educativos occidentales.

Su obra viene acompañada de un auténtico fuego cruzado entre los partidarios de exigir a los hijos y los que abogan por respetar los gustos de niños y adolescentes.

El libro de Amy Chua, *Battle hymn of the tiger mother*, se atreve a poner en duda ideas que prácticamente se consideran dogmas entre los padres actuales, como el temor a lesionar la autoestima de los niños, la sobreprotección para evitar lo que les pueda dañar o molestar, y la tendencia creciente a favorecer sus gustos y preferencias en un marco de gran libertad.

Frente a esa visión generalizada, Chua plantea un modo de educar diametralmente opuesto, y que –según afirma– prepara mejor para la vida. ¿Por qué los orientales acaparan los premios de los concursos matemáticos o de los certámenes musicales para niños? En opinión de la autora, el hecho de que los niños chinos de primera o segunda generación consigan desbancar a los occidentales en muchas pruebas

académicas tiene relación con las pautas educativas que siguen sus padres, que hasta “pueden hacer cosas que parecerían inimaginables –incluso denunciables– a los occidentales”, asegura.

Las principales diferencias entre una y otra educación podrían resumirse en tres aspectos, según la profesora chino-americana. Mientras los occidentales viven preocupados por el bienestar psicológico de los niños y son capaces de disculpar malas notas, los orientales les exigen sin más contemplaciones hasta obtener de ellos los mejores resultados, con la certeza que ése es el camino fortalecer la voluntad y asegurar el porvenir.

Otro aspecto remarcable es la diferente relación entre padres e hijos. La mentalidad china se basa en la obediencia a unos padres a los que se les debe todo; en cambio, los americanos consideran siempre su responsabilidad hacia los hijos y éstos esperan recibirlo todo de sus progenitores. Por último, las preferencias de los muchachos no tienen ninguna relevancia en la mentalidad china, pues los padres imponen –sin lugar a réplica– lo que sencillamente les parece mejor, como por ejemplo, en el régimen de salidas, fiestas, horas de televisión y videojuegos o incluso actividades extraescolares.

La crudeza con la Amy Chua plantea estas cuestiones en los capítulos del libro, del que se adelantó un extracto en *The Wall Street Journal*, ha recibido ya numerosas contestaciones, algunas desde las páginas del mismo diario. En unos casos, se critica la falta de veracidad del retrato blando que se ofrece de los padres occidentales y se ataca los efectos de la severidad china que también acarrea otras consecuencias: en Estados Unidos hay una mayor tasa de suicidio entre chinas de 15 a 24 años.

Otras respuestas llegan del modelo de persona al que conduce la excesiva severidad. Con un sarcástico análisis de las anécdotas caseras que la profesora vuelca en su libro, se ponen en evidencia las carencias sociales de los niños educados con tanta rigidez. Ni tienen flexibilidad suficiente para actividades que exigen creatividad ni se preparan para dialogar con los amigos ni para el trabajo en grupo, “algo que no se aprende en una clase convencional sino a base de la experiencia pura y dura”, afirma David Brooks en *The New York Times*. •